

## SESIÓN 4

### EL MISTERIO DEL REINO

En las sesiones anteriores senté las bases para lo que quiero compartir ahora sobre nuestra *experiencia* del reino de Dios. No quiero enseñar solo para informar. El único propósito de las enseñanzas es crear una flecha, testimonio, o descripción que apunte hacia una realidad espiritual, hacia algo que el corazón tiene que experimentar. ¿Me siguen? El Espíritu Santo no quiere que tengamos información correcta. La meta del Espíritu Santo siempre es que el corazón de cada uno de nosotros experimente la revelación y formación de Jesucristo como la vida, luz, y naturaleza de nuestra alma. Pablo dice que “el reino de Dios es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo.” Dice que “el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder.” Y nosotros tenemos que experimentar el reinado de ese poder, justicia, gozo, y paz en el alma.

Cuando enseñé muchas veces tengo miedo de que la gente me escuche, aprenda palabras, conceptos, o ideas, y luego salgan pensando que la información tiene valor en sí misma. Todos tenemos la tendencia de pensar así. En las escuelas o en nuestros trabajos, la información es valiosa en sí misma, y entender conceptos e instrucciones es muy útil. Pero no es así en lo espiritual. De hecho, uno de los problemas más grandes en la historia del pueblo de Dios es **la búsqueda del conocimiento sin vida**. Esto fue el fruto prohibido. Esto fue el gran error y pecado de Adán y Eva, y ha sido una plaga para la humanidad desde el principio.

Cristo dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.” No dijo: “Yo he venido para que tengan información espiritual y creencias correctas.” Ahora, es cierto que también crecemos en conocimiento y sabiduría, pero estas cosas no se pueden separar de la vida. De hecho, el verdadero conocimiento y la verdadera sabiduría provienen *de* la vida y son frutos de ella. Buscar conocimiento espiritual separado de la vida espiritual es muy peligroso.

Cristo dijo: “En verdad te digo que el que no nace de nuevo (o de arriba) no puede ver el reino de Dios.” Esta afirmación es muy importante. **Tenemos que nacer de nuevo para ver el reino de Dios, porque este nacimiento espiritual es la venida del reino en nosotros. Cristo está diciendo algo muy simple aquí: no podemos ver lo que no tenemos.**

Piénsenlo. Todos los profetas testificaron de la venida del reino de Dios. Daniel dio la hora exacta de la llegada del reino. Todo Israel estaba buscando el reino de Dios. Y cuando Cristo apareció, Él

anunció el reino de Dios diciendo: “El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado.” Pregunto, ¿dónde estaba el reino de Dios que se acercó? **La respuesta es obvia, el reino de Dios estaba en Cristo.**

El reino de Dios vino a la tierra en la Persona de Cristo. No es una cosa, ni un gobierno natural, ni una guerra física, ni un reino externo. Es un entorno en el que Dios tiene expresión, gloria y soberanía total. Es una “tierra” que refleja perfectamente la naturaleza, propósito, y vida del cielo. Es un reinado que expresa el poder, justicia y voluntad del Padre... o en las palabras del autor de Hebreos, “el resplandor de Su gloria y la expresión exacta de Su naturaleza”. Cristo es la sustancia misma y la definición viva de estas cosas. Cristo es la venida del reino de los cielos.

El reino de Dios en Cristo tuvo muchas manifestaciones externas, muchas demostraciones de poder en la tierra, pero la gente realmente no lo veía o lo entendía. Cristo decía cosas como: “Pero si Yo por el dedo de Dios echo fuera los demonios, entonces el reino de Dios ha llegado a ustedes.” El reino de Dios en Cristo estaba manifestándose en la tierra, haciendo señales y echando demonios, pero la gente todavía no lo reconocía. ¿Por qué? **Porque para VER, entender, y conocer el reino de Dios, la vida en la que Dios reina (la vida de Cristo) tiene que nacer en el alma.** Tenemos que experimentar el nacimiento del reino EN nosotros para poder verlo y entenderlo.

Sólo conocemos el reino del pecado hasta que el reino de la justicia aparezca. Sólo conocemos el reino de los filisteos hasta que el reino de David aparezca. Sólo conocemos el reino de las tinieblas hasta que “el Dios que dijo 'De las tinieblas resplandecerá la luz', resplandezca en nuestros corazones para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo.” “En verdad te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios.”

El reino de Dios nace en el corazón cuando el corazón se humilla como un niño y recibe la semilla del reino. El Sembrador siempre está tirando semillas. Él es muy generoso y bueno al tirar semillas por todas partes. Algunas semillas caen junto al camino y las aves se las comen. Otras caen en pedregales o espinas y no dan fruto. Pero otras semillas penetran en los corazones humildes, hambrientos y desesperados, y cuando lo hacen, esos corazones *comienzan a ver un nuevo reino*. La buena tierra de los pobres en espíritu siempre recibe la semilla del reino. “Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos.”

**El reino de Dios se reconoce por el contraste que aparece en el corazón, porque no tiene nada en común con el reino que antes reinaba en nosotros.** Lejos de esto... el reino de Dios es *enemistad* con cualquier otro reino o semilla. El reino de Dios aparece y testifica en contra de cualquier cosa en nosotros que tenga una naturaleza distinta de la de Cristo. Así es como el reino comienza en el alma. Comienza como un testigo veloz contra toda iniquidad, vanidad, mentira e inmundicia que está

obrando en el alma. Es como una luz que expone las tinieblas. Es como Noé, el único predicador de justicia en una tierra completamente llena de carne y pecado.

Ahora bien, esto nos lleva a uno de los grandes misterios del reino de Dios, algo que la gente muchas veces ignora o no logra entender. Cristo le dijo a Sus discípulos, "A ustedes se les ha concedido conocer los misterios del reino de Dios." (Luk 8:10). ¿Cuales son los misterios del reino? Uno de los misterios es el hecho de que, **aunque el Reino de Dios contiene la plenitud del poder, de la vida, de la naturaleza de Dios, y el potencial de reinar sobre cualquier enemigo u obstáculo... aún así, empieza en nosotros como algo muy pequeño, como un grano de mostaza. El reino empieza en nosotros como una pizca de levadura celestial.**

Muchas de las historias y profecías del antiguo testamento apuntaban a esta realidad, pero aún así, el pueblo de Dios no logró entender. Más triste aún, nosotros (después de 2000 años) todavía no entendemos. Por lo general, somos exactamente iguales a los Israelitas del primer siglo que se perdieron la venida del reino porque buscaban algo natural, externo, y grande. No les interesaba algo espiritual ni interno, ni que comenzara como un grano de mostaza.

Piensen, por ejemplo, en el reino de David, el hombre conforme al corazón del Señor, el hombre que ilustró el reino de Dios más que cualquier otro rey. ¿Cómo comenzó el reino de David? ¿Comenzó como algo grande e impresionante? ¡Para nada! Dios escogió y ungió a Su rey cuando NADIE en la tierra lo reconocía. Ni siquiera sus propios hermanos lo reconocieron o aceptaron. David era, en sí mismo, la presencia del reino de Dios en la tierra de Israel, pero todo el mundo lo despreciaba. Al principio tanto el reino de Saúl como el ejército de los filisteos lo pasaron por alto.

Aún así David tenía el poder del Espíritu y entendía que la incircuncisión no podía desafiarlo. El reino de carne no podía permanecer en la tierra que Dios había comprado. Todo lo que estaba ahí en la tierra originalmente, tenía que salir y ceder paso al rey de Israel. Esta es la famosa historia de David y Goliat. Esta historia no se trata de un chico valiente que vence a un matón. Esta historia tiene que ver con el ungido de Dios que ve por fe, que ni el más grande enemigo en la carne puede quedarse en la tierra o retar el incremento del reino de Dios.

El punto principal en esta historia, es el hecho de que **el reino empieza como algo pequeño, desconocido, y fácilmente pasado por alto.** David tenía que ser revelado en la tierra, porque nadie lo conocía. Se dio a conocer poco a poco por su enemistad contra la carne y la idolatría en la tierra. Así es el reino de Dios. Tiene la capacidad de vencer y derribar a todos los enemigos de Dios, pero comienza como una pequeña piedra cortada sin ayuda de manos. ¿Recuerdan la profecía del reino de Dios en el libro de Daniel? Había una estatua muy grande e impresionante que representaba los reinos de la tierra. Y de repente, una piedra pequeña fue cortada sin ayuda de manos y golpeó la

estatua en sus pies de hierro y de barro y la desmenuzó.

Nuevamente, así es el reino de Dios. Inicia pequeño y crece. En palabras de Zacarías: “No debemos despreciar el día de las pequeñeces...(Zacarías 4:10), porque la piedra angular va a incrementarse entre aclamaciones de ¡Gracia, gracia a ella!” (Zacarías 4:8). O en las palabras de Isaías:

*Isaías 9:6-7, “Porque un Niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado, y la soberanía reposará sobre Sus hombros. Y se llamará Su nombre Admirable Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz. 7 El aumento de Su soberanía y de la paz no tendrán fin sobre el trono de David y sobre su reino”.*

Este es el tema de casi la mitad de las parábolas de Jesús. La parábola del sembrador nos habla del incremento de lo que fue sembrado. La parábola del trigo y de la cizaña habla de una cosecha de algo que comenzó pequeño. Las parábolas del grano de mostaza y la levadura en la harina, explican claramente este aspecto de la naturaleza del reino. La parábola de la viña, la higuera, los talentos y la semilla que crecía en secreto y nadie entendía cómo.... Todas estas parábolas describen el hecho de que el reino empieza como algo pequeño (¡en nosotros!), pero crece cada vez más con el fin de llenar la tierra y llevar una cosecha para el Dueño o Sembrador.

La semilla del reino aparece en el alma y testifica contra la otra semilla en la tierra. Si prestamos atención podemos oír su testimonio. Dice cosas como: “Toda esta tierra está muerta en delitos y pecados”. “Esta alma vive como un hijo del diablo, un esclavo del pecado.” “En esta tierra, cada uno hace lo que le parece bien ante sus propios ojos.” O repite en nosotros las palabras de David: “El SEÑOR te entregará hoy en mis manos, y yo te derribaré y te cortaré la cabeza. Y daré hoy los cadáveres del ejército de los Filisteos a las aves del cielo y a las fieras de la tierra, para que toda la tierra sepa que hay Dios en Israel.”

Creo que ustedes han experimentado este testimonio en sus corazones. La semilla del reino, Cristo mismo, aparece en sus corazones y testifica sobre la condición de la tierra de su alma, y tenemos que recibir el testimonio. **Cuando nacemos de nuevo, lo segundo aparece y testifica en contra de lo primero. Y de repente toda nuestra vida, todo nuestro progreso espiritual, tiene que ver con una sola cuestión: ¿Vamos a permitir que Dios quite lo primero y establezca lo segundo? ¿Vamos a someternos al propósito del rey?** Todo depende de nuestra respuesta a esta pregunta.

Lo primero (es decir, el hombre adámico, la carne, Caín, Esaú, Ismael, Saúl) quiere heredar la tierra. Caín (el primer hijo) quiere poseer la ofrenda aceptable. Esaú (el primer hijo) quiere tener la primogenitura y la herencia. Ismael (el primer hijo, el de la carne) quiere permanecer en la casa del padre y recibir la promesa. Saúl (el primer rey) quiere conservar el reino de Dios y poner su simiente

sobre el trono. De repente hay una gran lucha en la tierra. **Hay una batalla que no termina hasta que una semilla sea totalmente expulsada.** Esta guerra, entre las dos simientes en la tierra de nuestro corazón, es la verdadera guerra espiritual.

Nuevamente, la semilla de Dios tiene más poder que cualquier otra semilla. Esto es un hecho. Después de sembrada “crece y llega a ser más grande que todas las hortalizas y echa grandes ramas, tanto que las aves del cielo pueden anidar bajo su sombra.” No obstante, la semilla del reino de Dios inicia muy pequeña. Inicia como un bebe en un pesebre, o como un chico llamado José tirado en un pozo por sus hermanos, pero que luego reina sobre toda la tierra de Egipto.

Muchas historias del antiguo testamento testifican de esta realidad y de cómo tenemos que tener mucho cuidado con el nacimiento de la semilla de Dios en nosotros. **Tenemos que tener cuidado porque lo primero siempre se levanta para perseguir y expulsar lo segundo.** La naturaleza de Caín en nosotros siempre se levanta contra Abel para matarlo. La naturaleza de Esaú en nosotros siempre le guarda rencor a Jacob y se consuela con la idea de matarlo. La naturaleza de Ismael se burla de Isaac. La naturaleza de Saúl persigue al salvador de la tierra. Al oír del nacimiento del mesías, el rey Herodes busca matar a todos los hijos de Belén con la esperanza de exterminar al Rey de los Judíos.

¡Así es en nosotros! "Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es." (Juan 3:7) "El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, pues éstos se oponen el uno al otro." (Gálatas 5:17) "Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el Espíritu es vida y paz. La mente puesta en la carne es enemiga de Dios, porque no se sujeta a la Ley de Dios, pues ni siquiera puede hacerlo, y los que están en la carne no pueden agradar a Dios." (Romanos 8:6-8).

Permítanme repetirlo: Uno de los gran misterios del reino de Dios es el hecho de que la venida del reino inicia en nosotros como algo muy pequeño, como una pequeña perla o semilla. Comienza pequeño y crece, siempre y cuando “busquemos primero Su reino y Su justicia.”

Ahora, hay cristianos que hablan de “la gracia irresistible”, es decir, la idea de que la gracia de Dios no puede ser resistida, que no hay nada en el mundo que uno pueda hacer para resistir o frustrar la intención de Dios en su pueblo. Esto suena bien... pero no creo que sea correcto. En muchas de las historias del antiguo testamento, en muchas de las parábolas del nuevo testamento, y en nuestra propia experiencia también, vemos que Dios ha ofrecido una salvación que comienza en su pueblo como una semilla perfecta que puede ser rechazada o pasada por alto. Dios ha designado una piedra pequeña que se presenta como una “piedra de tropiezo y roca de escándalo.” El Salvador del mundo aparece como un Nazareno que “no tiene aspecto hermoso ni majestad para que Lo miremos, ni apariencia para que lo deseemos.”

Es cierto que la gracia de Dios es más poderosa que cualquier otra cosa, y que tiene la capacidad de conquistar a todos los enemigos de Dios y de reinar en justicia en el alma. No obstante, la gracia empieza en nosotros en una forma baja y pequeña. Por eso Pablo exhortaba “a no recibir en vano la gracia de Dios.” (2 Corintios 6) Él sabía que era posible “hacer nula la gracia de Dios.” (Gálatas 2:21), “pisotear bajo sus pies al Hijo de Dios”, “ultrajar al Espíritu de gracia” (Hebreos 10:29), “descuidar una salvación tan grande...y desviarse” (Hebreos 2:1-2). Los apóstoles les advertían a las iglesias sobre la posibilidad de “crucificar para sí mismos al Hijo de Dios” en ellos. (Hebreos 6:6)

Sí, amigos... no solo es “posible” rechazar o pasar por alto la gracia de Dios; también *es fácil y común*. Tenemos que “recibir con humildad la palabra implantada que es poderosa para salvar nuestras almas.” (Santiago 1:21) Tenemos que “retener la palabra... a no ser que hayamos creído en vano.” (1 Corintios 15:2) Tenemos que “desear como niños recién nacidos la leche pura de la palabra, para que por ella crezcamos para salvación.” (1 Pedro 2:2) Cristo dijo: “Mi reino no es de este mundo” y si uno quiere conocer y experimentar este reino, tiene que “negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirlo”, saliendo del mundo de Adán y entrando en el mundo de Cristo.

Hay muchos cristianos que desconocen o niegan la existencia del reino de Dios en el alma. Ellos dicen que el cristianismo no es tan complicado. Dicen que Dios los convenció hace 30 años y que desde entonces han creído la Biblia, han asistido a la iglesia, y han sido buenos cristianos. Con personas que hablan así, temo que el reino de Dios no consista en poder sino en palabras. Es muy fácil mantener un reino de palabras, incluso palabras bíblicas. Satanás nos dejará en paz si nuestro reino consiste en palabras, doctrinas, y creencias correctas. De hecho, nos ayudará a construir tal reino.

**Pero el verdadero reino de Dios consiste en poder y no en palabras. Es el poder de la vida de Dios en una Semilla.** Una semilla que empieza pequeña, pero que crece y se esparce hasta que ahoga todas las otras semillas en el corazón. ¿Conoce usted ese poder? Cada uno de ustedes debería preguntarse si realmente conoce el poder del reino de Dios. Porque el Apóstol nos advierte que hay muchos que son “amadores de sí mismos, avaros, jactanciosos, soberbios...teniendo apariencia de piedad, pero habiendo negado su poder. A los tales evita.” (2 Timoteo 3:5)

¡Tengan cuidado, amigos! Para muchos, el cristianismo solo tiene que ver con teología, creencias, conductas, emociones, y tradiciones. Pero el verdadero cristianismo debería ser una experiencia del poder de Dios. No estoy hablando acerca del poder de Dios sobre el ámbito natural. Este poder externo sí existe, a veces el Señor se manifiesta de esta manera con señales externas y milagros en el mundo físico. Pero este tipo de poder *es la sombra* de un poder mucho mayor. El evangelio no se trata del poder externo de Dios que divide un mar natural o que sólo proveer para las necesidades de nuestros cuerpos naturales. Estas cosas sí suceden... pero amigos, **¡el evangelio es el poder de una**

**vida indestructible, una vida resucitada, la vida de Dios mismo, que vivifica, transforma, y reina en el alma del hombre! El evangelio es la venida del reino de Dios en nosotros.**

Por favor, consideren los siguientes versículos:

**1 Corintios 2:4-5**, *“y mi palabra y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, 5 para que la fe de ustedes no descansa en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.”*

**1 Corintios 4:19-20**, *“Pero iré a verlos pronto, si el Señor quiere, y conoceré, no las palabras de los arrogantes sino el poder que tienen. 20 Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder.”*

**2 Corintios 4:6-7**, *“Pues Dios, que dijo: “De las tinieblas resplandecerá la luz,” es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo. 7 Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la extraordinaria grandeza del poder sea de Dios y no de nosotros.”*

**Efesios 3:20**, *“Y a Aquél que es poderoso para hacer todo mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros,”*

**1 Tesalonicenses 1:5**, *“porque nuestro evangelio no vino a ustedes solamente en palabras, sino también en poder y en el Espíritu Santo y con plena convicción;”*

**Efesios 1:18-19**, *“Mi oración es que los ojos de su corazón les sean iluminados, para que sepan cuál es la esperanza de Su llamamiento, cuáles son las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos, 19 y cuál es la extraordinaria grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos, conforme a la eficacia de la fuerza de Su poder.”*

**2 Corintios 12:9**, *“Y El me ha dicho: ‘Te basta Mi gracia, pues Mi poder se perfecciona en la debilidad.’ Por tanto, con muchísimo gusto me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo more en mí.”*

En muchos corazones el cristianismo se trata de palabras, y la batalla se halla entre palabras verdaderas contra palabras falsas, creencias correctas contra creencias falsas. Se trata de palabras que creemos, palabras que cantamos, palabras que predicamos, palabras que leemos, palabras que estudiamos y palabras que tratamos de obedecer. Pero, ¿donde está el poder? **¿Qué es el poder?**

El poder es la cruz de Cristo que corta el alma como una espada encendida. **Es la revelación y obra**

**interna de la cruz de Cristo que mata lo que hemos llamado vida, y sólo deja la Semilla perfecta que Dios sembró para Su incremento. Es el poder de la vida resucitada de Cristo que obra de manera muy específica... obra en nosotros un juicio y una muerte a todo lo que Dios ha rechazado .** Es como la espada de David recorriendo la tierra de Israel y matando toda la carne incircuncisa. Es la ampliación de los límites del reino de Dios en el alma. Es el incremento de la Semilla de Dios y la eliminación de cualquier otra semilla que se encuentra en el corazón.

El poder de Dios no es una teología, no es un credo, y no es un estudio bíblico acerca de la cruz. Claro, es importante leer la Biblia, pero con el fin de experimentar el poder que se menciona ahí. El poder de Dios tiene que obrar en el alma para dividir entre dos hombres, entre dos mundos, entre la luz y las tinieblas, entre Adán y Cristo. Y no solo nos muestra la diferencia, literalmente mata al uno y establece al Otro. Nos crucifica a nosotros para el mundo y al mundo para nosotros. Termina la esclavitud del pecado y nos hace instrumentos de la justicia de Dios.

Amigos, muchos leen, escriben y hablan acerca del reino de Dios, pero el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder. Lo que estoy tratando de decirles es que el poder de Dios es un cetro de justicia, es una espada poderosa, es una cruz que literalmente ejecuta la carne incircuncisa, la idolatría, y todas las abominaciones en el corazón. Es el poder de la vida que obra la muerte en la tierra. **El poder del reino logra en nosotros exactamente lo que Dios logró en la tierra natural de Canaán, porque Dios todavía quiere llenar la tierra de la gloria del Señor como las aguas cubren el mar.**

Voy a terminar con un pasaje de Filipenses en el que Pablo describe la manera por la que él anhelaba el conocimiento de Cristo en el poder de Su cruz.

**Filipenses 3:7-11**, *“Pero todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida por amor de Cristo. **8** Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por El lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo, **9** y ser hallado en El, no teniendo mi propia justicia derivada de la Ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe, **10** y conocerlo a El, el poder de Su resurrección y la participación en Sus padecimientos, llegando a ser como El en Su muerte, **11** a fin de llegar a la resurrección de entre los muertos.”*